

SE PUBLICA  
LOS  
**DOMINGOS.**  
PRECIOS:  
EN LA  
Habana y Matanzas  
**UN PESO AL MES.**  
En el interior  
**TRES PESOS 50 CTS.**  
por trimestres, adelantados,  
FRANCO DE PORTE.  
**EL NUMERO SUELTO**  
SE VENDE A  
**TRES RS. SENCILLOS.**



**REDACCION**  
Y ADMINISTRACION  
**Teniente-Rey 36,**  
á donde se dirigirán  
todas las reclamaciones que ocurran.  
**PUEDE TAMBIEN**  
**DARSE AVISOS**  
**Y SUSCRIBIRSE**  
EN LA  
**IMP. DEL TIEMPO,**  
**CUBA 71.**

# LA SERENATA.

PERIODICO SATIRICO, ECONOMICO Y LITERARIO.

## VIAGES POR EL MAPA-MUNDI.

I.

(Continúa.)

**A**NZADO de aquel territorio en que al suprimir los derechos, suprimí también el orden social, causando una revolucion completa en la moral, en lo económico y en lo político del país, quise recuperar mi carreton; pero el rey salvaje, que había ya estudiado la seguridad y rapidez de aquel moderno vehículo, no quiso admitir mi nota redinicatoria, si bien me dió en cambio un burro, para que cuanto antes tomara las de villadiego; lo que efectué sin esperar las luces de la aurora, deseando alejarme lo mas pronto posible, de aquellos ignorantes que tan mal pago me daban por los beneficios que les hice, enseñándoles la gran máxima, base de la dicha y de la dignidad de la raza humana.

Cuando hube llegado al arroyo que marcaba el lindero de aquel reino, tiré de las

riendas al jumento, eché pié á tierra, saqué un número de mi periódico favorito, leí un artículo de *fondo*, y confortado con la lectura y envalentonado de nuevo, con aquellas humanitarias ideas que brillaban en el escrito, como las estrellas en el cielo, solté el siguiente soliloquio.

No alcanzo en verdad á comprender cómo no ha producido, en esta ocasion, la *máxima salvadora*, todos sus admirables resultados. Aquel escritor no puede engañarse, ni engañarnos. ¡Qué ha de engañarse, si es tanta su sabiduría que ofrece gratis á los periódicos y sociedades científicas, los quilógramos que á ella le sobran! Cómo ha de engañarnos ¡cáspita! ella que ama tanto al país! No: la *máxima* fundamental, ha de producir infaliblemente buenos frutos, siempre que se aplique entre Cáncer y Capricornio: sospecho, por lo tanto, que, al atravesar los mares, he dejado al sud la latitud de la Habana. Estoy, no hay duda, en la zona templada: quizás el reino que dejo detrás de mí, esté en la misma latitud que Inglaterra, y por eso he fracasado en mi empresa. La máxima, pues, sigue siendo buena: lo

malo ha sido su aplicacion. Singlemos al S. S. O.  $\frac{1}{4}$  al S., que por ese rumbo debe estar el nuevo Paraguay.

Esto diciendo, puse la cabeza del jumento en la direccion indicada y rompí de nuevo la marcha.

¡Oh! cuánto es cierto que la satisfaccion interior, recompensa inmediatamente las buenas acciones! De solo pensar lo felices que iban á ser aquellos á quienes buscaba yo por aquel rumbo; lo felices que iban á ser, repito, luego que se convencieran que no tenían *derechos*, la dicha, me bailaba una polka en el corazon y la sonrisa un vals en los lábios. Así como á la Prensa se le derrama la sabiduría, así el gozo se me reboza por el rostro.

¡Ah!—decia yo—quién me diera poder traer atados en reata, en la cola de mi jumento, á todos los *progresistas*, para que presenciarian la felicidad seráfica de que vá á gozar ese pueblo incógnito, que busco por estos andurriales! De seguro que viendo el *paraíso* que ha de producir la *máxima salvadora*, abandonarían la tea incendiaria. ¡Oh periódico sublime, cimiento del orden



social, columna del comercio, lábaro de la civilización, enseña del progreso, deja que el mas humilde de tus sectarios, el mas insignificante de tus neófitos, el mas indigno de tus discípulos, perdido por amor de tus doctrinas en estas soledades tórridas, puesto de hinojos en la arena abrasada, destocada la cabeza, mirando al occidente, estendidos los brazos hacia tí, y tambien hacia tí vueltos los ojos en ademan suplicatorio, te dé las gracias en nombre de la humanidad habitadora de estos contornos, por la felicidad que indubitavelmente ha de producirle la estricta observancia de tus sapientísimas doctrinas, luego que la conozcan.

El asno dió un rebuzno como adhiriéndose al voto de gracias; y continuamos la marcha. Atravesábamos á la sazón un pais bien cultivado y en cuyas dehesaspacian gruesos bueyes, gordas yeguas y unos carneros apetitosos; pero no vi tienda alguna, ni cosa que indicara la existencia del comercio.

—He aquí, dige para mi capa, el pais que necesito: estas pobres gentes deben de vivir siempre en guerras y revoluciones: no cabe la menor duda en que la anarquía ha sentado sus reales entre estos salvajes. La historia, la lógica y la Prensa dicen que los ganaderos y los agricultores, linaje de gentes que solo prosperan con los grandes cataclismos sociales, no pueden nunca vivir en paz con sus vecinos. Mi propaganda, pues, es aquí mas necesaria que en ningun otro rincon del mundo. Les probaré primero como cuatro y tres son siete, que la agricultura embrutece al hombre, le vuelve salvaje y le predispone á toda clase de crímenes; y les convenceré despues que el comercio es el único trabajo digno del rey de la tierra. Esto es cosa fácil. Venid acá, les diré, y oid. “Sembráis y recogéis la cosecha; es preciso luego venderla.” ¿Y cómo podeis conseguir venderla sin matar antes al comprador? El argumento es fuerte, es digno de la Prensa.

—El comercio,—les diré—es cosa muy diferente; con el comercio se vuelve opulento el hombre mas bruto.

Aquí llegaba de mi soliloquio, cuando sonó un tiro de fusil y ví á un ciervo que caía, muerto á cien metros delante de mí. Agui-gé la bestia dirigiéndola hacia el lugar del siniestro para ver si podia proporcionarme para el almuerzo un pernil siquiera de aquella caza; pero aun distaba yo diez pasos del ciervo cuando tomó posesion de la pieza un salvage armado con un fusil inglés.

—No cargueis con el todo, le grité, pues voy á cortarle una pierna para mi almuerzo.

El salvage dejó en tierra el animal y cargó su fusil.

—No teneis *derecho*, le dije, á llevaros todo el ciervo.

—¿Y porqué no tengo derecho?—me preguntó,—¿acaso no le he cazado?

—¡Ah! cuán ignorante sois, amigo mio.

—Este animal es mio, tengo derecho de propiedad sobre todo lo que cazo en mis tierras.

—Estais en grave error: el hombre no tiene derechos. La Prensa lo dice; leed, leed, —y así diciendo le alargaba un número del periódico habanero.

—¿Es decir que este animal no es mio? —me preguntó.

—Así es, contesté.

—Y de quién es entonces ¿acaso vuestro?

—Tampoco yo tambien soy hombre y carezco por lo tanto de derechos.

—Bueno, si no es vuestro, ni mio, será del primer leon que pase por aquí. Y si el hombre no tiene derechos, y no puede por lo tanto tener *propiedad*, renuncio la calidad de hombre y me declaro leon. Vale mas ser leon que ladrón.

No pude responder á tan bárbaro razonamiento y arreando el borrico continué mi peregrinacion propagandista.

BR. DULCAMARA.

(Continuará.)

## LA CIENCIA

del sencillo Ricardo, ó medio fácil de pagar los impuestos, por Benjamin Franklin.

(TRADUCIDO DEL INGLÉS POR EL RECOLETO.)

Se sabe que Franklin publicó por mucho tiempo un almanaque que procuraba hacer mas útil poniendo á su márgen, y en el vacío de las páginas buenos preceptos de conducta y moralidad para propagarlos por el comun de sus lectores. Daba en ellos consejos de economía, lecciones de beneficencia ó de justicia, segun que los considerabamos propios para dirigir la conducta de los hombres sencillos y laboriosos; y tenia especial cuidado de terminarlos con un proverbio vulgar para que de este modo se grabasen con mas seguridad en la memoria de aquellas buenas gentes. Ese almanaque estaba especialmente destinado á los que viviendo en los confines de la Colonia, ocupados en sus negocios ó distraídos por cuidados domésticos, tampoco tenían otro género de lectura. El fin que se propuso era el de que no hubiese uno solo de sus compatriotas que quedase absolutamente despojado de toda instruccion; en suma, que ninguno se viese condenado á recibir falsas impresiones de libros cuyo objeto es únicamente adular su credulidad ó fomentar sus preocupaciones; es decir, que un simple impresor de América hacia entonces en favor de su país lo que otros hombres mas eminentes han descuidado por el suyo, ó no han tenido el valor de acometer. Mas tarde el mismo Franklin recopiló todas esas útiles lecciones de

moralidad y buena conducta en la obra tan conocida del mundo sabio y que circula bajo el título de “El sencillo Ricardo,” modelo único y hasta ahora de nadie imitado, en que no puede ménos de reconocerse al hombre superior y de el que no es dable citar un solo rasgo que no descubra aquella eminente calidad. No hay en ella un pensamiento, no se encontrará nada en las ideas ni en el modo de expresarlas que no esté al alcance de la inteligencia ménos egércitada, y en que la filosofía no descubra á cada paso miras finas y delicadas é intenciones profundamente morales; desenvueltas es verdad de la manera mas natural y aun pudiera llamarse comun, pero donde brilla el talento en la eleccion de las ideas. Para dar á luz estas lecciones no recurre á la estratagema de advertir que es un sabio ó académico el que tiene la condescendencia de abatirse hasta instruir á sus lectores: mas modesto y ocultándose bajo el nombre del “Sencillo Ricardo,” es un igual tan ignorante y pobre como ellos el que se atreve á dirigirle la palabra. Este corto extracto del elogio de Franklin, pronunciado por Condorcet en la academia de ciencias; vale por todo lo que pudiera decirse en recomendacion de ese tesoro de precia-da instruccion, que legó á su país aquel sabio americano, y en que todos los hombres del mundo podrán tambien encontrar nociones de prudencia y sabiduría. Traducida en todos los idiomas, como un código de esa ciencia colectiva, esparcida en el pueblo y como tradicional, de que si en general no se saca mas partido es por que no siempre se tiene muy presente, he creido que una version severa y ajustada á nuestro idioma, sería bien recibida del público, que leyendo y meditando las lecciones del “Sencillo Ricardo,” no podrá ménos de ganar en virtud y moralidad, pagando tambien de este modo la deuda comun de reconocimiento que el autor tiene derecho á reclamar de la gratitud de todos los pueblos de la tierra. Sigamos ahora á Franklin.

“Siempre he oido decir que nada hay tan lisongero á un autor, como verse citado por otros sabios escritores. Y en verdad que á mí raras veces me ha sucedido gozar de semejante placer; por que aunque puedo decir sin vanidad, que hace ya un cuarto de siglo que me he formado una reputacion anual entre los escritores de almanaques, jamás he visto que mis cofrades durante este tiempo se hayan dignado honrarme con el menor elogio, ó que se hiciese la mas ligera mencion de mis obras; de manera que á no contar con el corto provecho que me han producido, la extrema pequeñez de los aplausos me habria de todo punto desalentado. De este hecho hé deducido que el pueblo era el mejor juez del mérito de mi trabajo, pues que continuaba comprando mis almanaques; y no ya como quiera los compraba, sino que encar-



nándose en sus máximas y doctrinas le he oído frecuentemente repetir algunos de mis adajios, añadiendo siempre para conclusion las frases tan lisongeras para mi amor propio, de, "como dice el sencillo Ricardo;" lo que me ha causado gran placer, probándome al mismo tiempo no solo que se estimaban mis lecciones, si no que se me miraba como autoridad; y he de confesar aquí mi pecado, que para empeñar mas al mundo á recordar y repetir frecuentemente mis doctrinas, no pocas veces me ha sucedido á mí tambien citarme con el tono mas solemne. Júzguese ahora cuánta habrá sido mi satisfacción por la anécdota que voy á repetir. Detúveme un día en un lugar donde ví reunida mucha gente, con motivo de una venta pública que se hacía: esperando la hora de la almoneda los concurrentes hablaban entre sí sobre diferentes asuntos, y con especialidad sobre la dureza de los tiempos que corrían. Fijada la atención en este punto, uno dirigiéndose de improviso á un respetable anciano muy bien puesto le dijo: "¿Y V. padre braham, qué piensa de estas cosas? ¿no cree V. que el exceso de los impuestos acabará por destruir absolutamente el país? Y entre tanto, ¿cómo será posible pagarlos? El padre Abraham después de haber reflexionado mucho tiempo, le respondió de esta manera. Si quiere V. saber lo que yo pienso voy á decirlo en muy pocas palabras, que para el buen entendedor no se necesitan muchas, y no es su cantidad sino su calidad la que debe llenar la bolsa, como tantas veces ha dicho el sencillo Ricardo. Toda la concurrencia se reunió al derredor del padre Abraham, para no perder una sola de sus palabras y él le dirigió el siguiente discurso. "Mis queridos amigos y buenos convecinos, no seré yo quien niegue que las imposiciones son pesadas, y si solo tuviésemos que pagar las que el Gobierno nos reclama, estoy seguro que fácilmente saldriamos del empeño; pero tenemos otras mucho mas gravosas y que nos vienen precisamente de nosotros mismos; por ejemplo, nuestra pereza nos quita el duplo que el Gobierno, nuestro orgullo el triple, y nuestra inconsideración cuatro veces mas que entrambas. Y lo peor de estos impuestos es que no hay comisario que pueda aligerar su peso, ni favor alguno que nos liberte de su carga. Existe sin embargo un medio para preservarnos de aquel mal, si queremos seguir un buen consejo; por que como observa el sencillo Ricardo en el almanaque de 1.733. "Dios ha dicho al hombre ayúdase que yo te ayudaré."

"Si hubiese un Gobierno que obligara á sus súbditos á consagrarle la décima parte de su tiempo, es seguro que semejante condicion parecería á todos demasiado onerosa; pues es mayor todavía y mas tiránica la imposición con que la pereza grava á la mayor parte de nosotros.

Basta que conteis el tiempo que se pasa en una absoluta ociosidad, es decir, en no hacer nada, ó en disipaciones que á nada conducen, lo que viene á ser lo mismo, para convencerse de aquella verdad. Pero la ociosidad no solo es mala por aquel lado, sino que lleba en pòs de sí, incomodidades que acortan indudablemente la vida: la ociosidad ha sido comparada por el sencillo Ricardo, con mucha exactitud, al orin, que gasta mas que el trabajo; por que es seguro que la llabe que se usa estará siempre mas limpia. El hecho es que si quereis gozar de la vida, como tambien lo ha dicho el buen Ricardo, es preciso no disipar el tiempo, por que aquella muy pronto se nos escapa. ¿Y cuánto no perdemos en el sueño entregándonos á él mucho mas allá de lo que era necesario? Nunca quereamos acordarnos, que la zorra que duerme no coje polluelos; y que nos sobrara tiempo para dormir, cuando reposemos al cabo en la tumba. Si el tiempo es el mas preciado de los bienes que tenemos, perderlo inútilmente, como dice el sencillo Ricardo, es incurrir en la mayor de las prodigalidades, ya que como lo ha dicho en otra parte, el tiempo perdido nunca se recobra y el que nos parecia muy largo viene por último término á á ser muy corto: ánimo, pues, y no desalentarse trabajando cuanto estuviese de nuestra parte, que con la actividad siempre iremos mas léjos que con la pena. Para el ocioso todo parece difícil, ha dicho el buen Ricardo, cuando la industria no hay nada que no facilite: quien se levanta tarde es seguro que se agitará todo el día, y no bien comenzará á despachar sus negocios, cuando ya se le llega la noche. Es tan lenta la pereza, como observa el sencillo Ricardo, que la pobreza la alcanza siempre en el camino; si no quereis ser arrastrado por los negocios, es preciso que vos los domineis: acostarse temprano y levantarse muy de mañana, aquí teneis los medios mas seguros de conservar á un tiempo vuestra salud, vuestra fortuna, y vuestro juicio. ¿Qué conducen esas soñadas esperanzas y esos votos engañosos por tiempos mas felices de los que tenemos? Para hallarlos mejores no hay mas que recurrir á nosotros mismos: la industria, ha dicho el sencillo Ricardo, no necesita de deseos y es bien sabido que el que se alimenta de esperanzas está espuesto á morir de hambre, y no hay nada mas cierto como que no puede haber provecho sin pena. He de servirme de mis manos por que no tengo haciendas, y aunque las tuviera se hayan gravadas con tantas imposiciones, que para cubrirlas es indispensable trabajar; y al cabo, como lo ha advertido muy bien el sencillo Ricardo, un oficio equivale á un buen cortijo y una profesion es un empleo que procura á la vez honra y provecho; pero no basta tenerle, si no que es forzoso tambien atenderle y con-

servar siempre su buena reputación, por que de nó ni el fundo, ni el almacén han de servirnos para pagar nuestros impuestos. Oid al sencillo Ricardo, que os dirá que el hombre industrioso nada tiene que temer de la miseria: el hambre asomará á su puerta pero no se atreverá á entrar en su casa: será igualmente respetado de alguaciles y escribanos: por que segun observa el sencillo Ricardo, si la industria paga sus deudas la desesperación las aumenta. Y no es preciso que encontreis tesoros y que parientes mas ricos os constituyan heredero: la diligencia, como dice el sencillo Ricardo, es madre de la buena ventura, y Dios jamás negó sus favores á la industria. Si labrais vuestras tierras mientras duerme el perezoso, nunca os faltarán cosechas que vender y que guardar: trabajad, pues, en todos los instantes que se llaman hoy;—por que no sabeis á punto fijo todos los obstáculos que se os presentarán en lo que llamais el día siguiente: por eso decia muy bien el sencillo Ricardo, un buen hoy día, vale mas que cien mañanas, ó si teneis alguna cosa que hacer, no la dejeis para despues."

(Finalizará.)

#### EL FAVOR DE LA CANDELA.

No satisface uno un goce ó una afición, que no sea á costa de multitud de inconvenientes y desventajas. Por supuesto que me refiero á los goces inocentes, á aquellos que no llevan consigo la pena necesaria. Los goces de mal género, preciso es que proporcionen al que los busca males diversos; pero que á la par haya uno de sufrir de mil maneras; cuando se trata de placeres licitos, es lo que no se comprende que suceda.

Fumar, por ejemplo. ¿Hay cosa ménos perjudicial, ménos mala? Sin embargo, vean Vds. lo que les pasa á todos los fumadores, con el compromiso de tener que dar la candela á cuanto bicho viviente se le antoja.—Pedir el favor mas insignificante, cuesta siempre á todos algun esfuerzo, algun esmero en la manera de hacer la solicitud. El ménos merecido, el ménos admisible, como el de pedir la candela, es no obstante el que causa ménos pena y el que se solicita con el mayor desenfado y sin el menor escrúpulo.

Sale V. á la calle fumando, y va V. abstraído en sus pensamientos, sin mirar á nadie y sin hacer alto en cuanto le rodea. Ya está V. fresco si cree que han de pagarle con la recíproca. Fuma V., y el hombre que fuma en público, se halla á disposición de todos los transeuntes. El deseo de fumar parece que es contagioso y se trasmite como el bostezo. Así sucede que V. sin saberlo, provoca á los demás á que fumen y les despierta las ganas. Va V., pues, haciendo el papel de tentador. De aquí resulta, que uno á quien ha tentado V., se le encara, detiénelo con un gesto y principia la operación de registrarse los bolsillos y de sacar un cigarro. Acontece á



# VARIEDADES.



El poeta Zorrilla en comision del Emperador Maximiliano.  
¿Si irá tambien á pedir reformas?



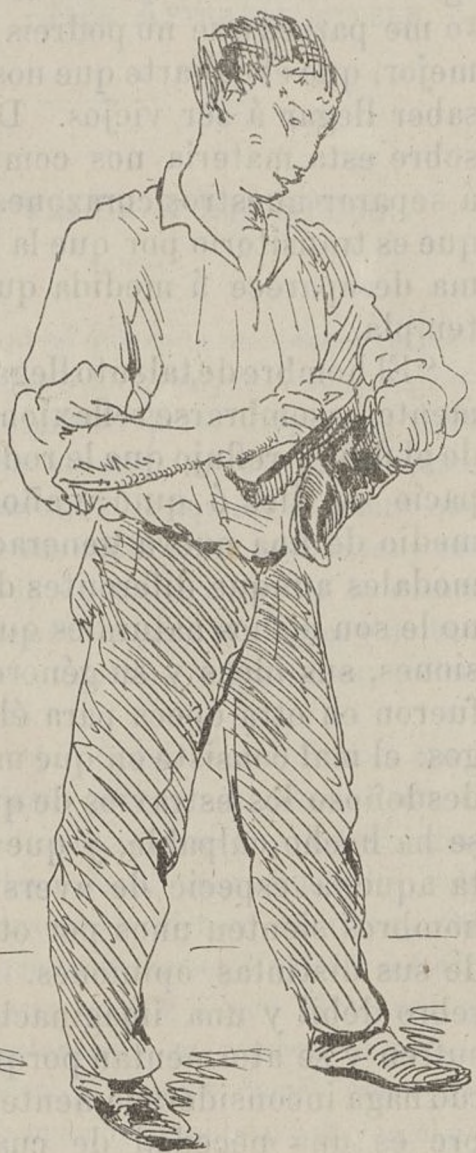
El ángel del hogar.



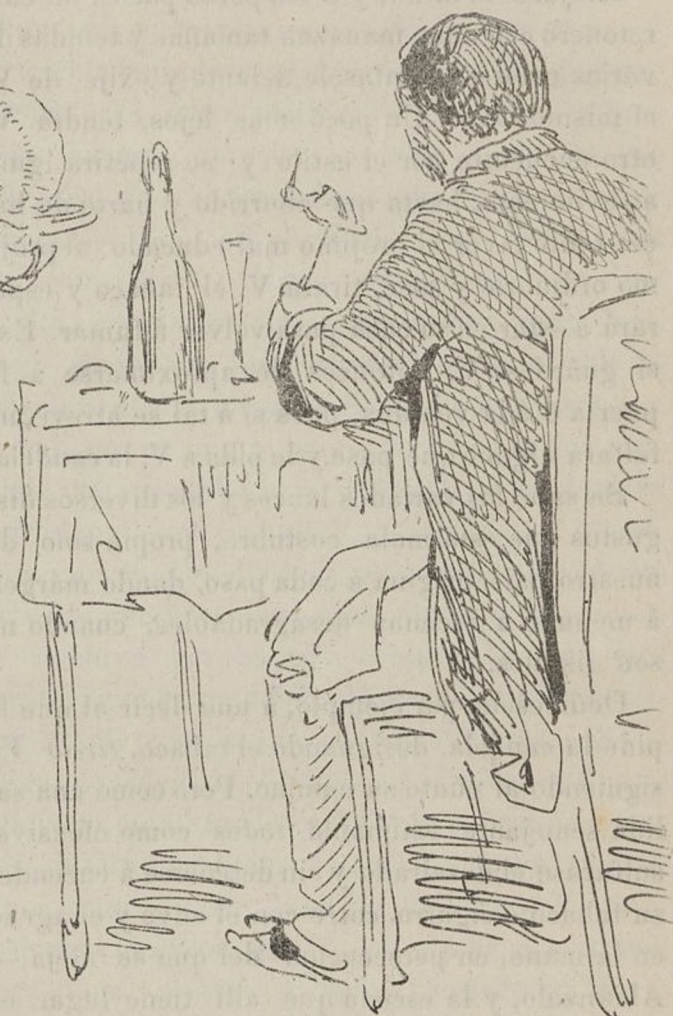
## CARRERAS PUBLICAS.

### EL EMPLEADO.—PRIMERA VARIANTE.

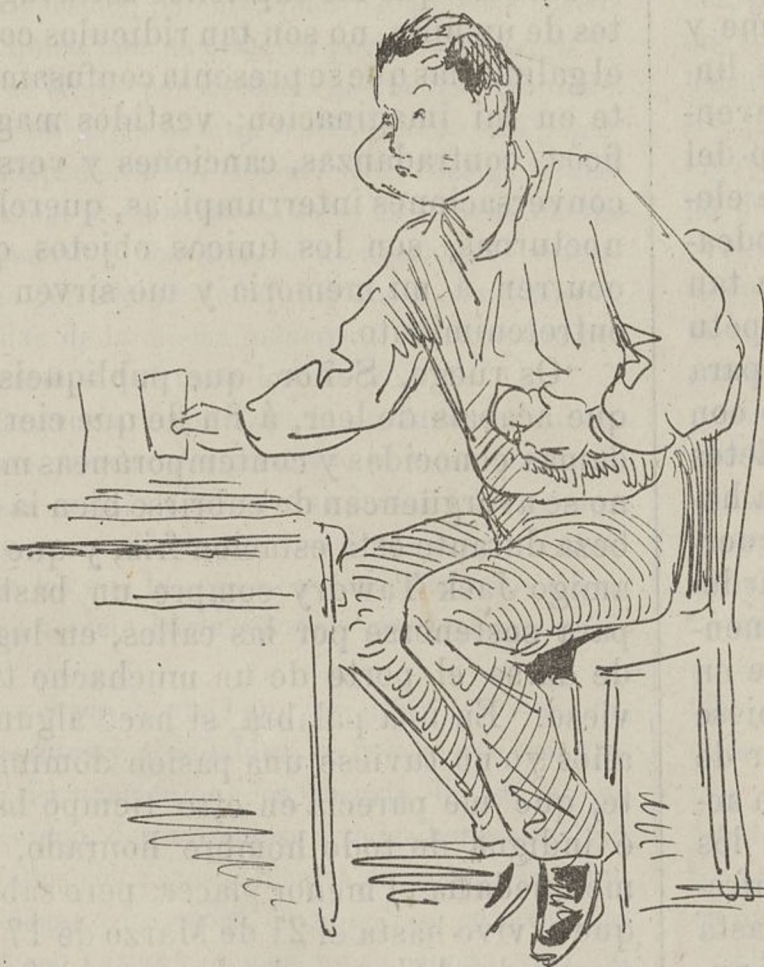
(Véase la lámina del núm. 10.)



Entra á servir á un Gefe de Seccion.



Durante 3 años hace grandes méritos cuidando á su Señor.



Y cuando se cree feliz con comer á un carrillo,



Se encuentra con un diploma para comer á dos carrillos.



veces, que comprendiendo luego aquel hombre la falta que en realidad comete, se apresura á abreviarla, y esta misma precipitacion prolonga la escena, pues con la prisa del aturdimiento, quiebra el cigarro que extrajera del bolsillo, y tiene que sacar otro. Mientras tanto V. espera ó se desespera y se aguanta, si no prefiere provocar un lance, que no sé si seria preferible á tanta mortificacion.

Aléjase V. al fin, y á los pocos pasos, un carretonero con unas manazas tamañas y teñidas de varios colores, plántasele delante y exige de V. el mismo favor. Un poco mas léjos, tendrá V. otro encuentro por el estilo y se repetirá igual atrevimiento, hasta que aburrido y harto de hacer tanto favôr al prójimo mal educado, al prójimo ordinario y soez, tirará V. el tabaco y esperará á estar en su casa para volver á fumar. Eso sí, guárdese V. entónces de aproximarse á la puerta ó á la ventana, pues si á tal se atreve, no faltará alguno que pase y le pida á V. la candela.

Se sabe los variados lances y los diversos disgustos que esta mala costumbre, propia solo de nuestro pais, origina á cada paso, dando márgen á menudo á escenas desagradables, cuando no son risibles.

Ocúrrasele, por ejemplo, á uno decir al que le pide la candela, designando el tabaco, *tírelo V.*, siguiendo al punto su camino. Pero como una salida semejante estimanla todos como ofensiva, sulfúrase el desairado y sin detenerse á encender su tabaco ó cigarro, corre con el suyo y el ageno en la mano, en persecucion del que se aleja.— Alcánzalo, y la escena que allí tiene lugar, es fácil de calcularse. He ahí dos hombres que se cuestionan, que se insultan, que se desafian, que se baten y que uno tal vez mata al otro. Todo ¿por qué?

Fumador hay que tiene la manía, el capricho, de ver crecer la ceniza á la estremidad del tabaco y por nada de este mundo consiente en que se la *tumben*, como algunos dicen, al venir á pedirle candela. Uno, sin embargo, ignorando su estraña complacencia, acércasele con la consabida muletilla de *permítame V. la candela*; á lo cual responde el interpelado con aspereza, negándose á dárla. Por decontado, el otro no lo sufre, y ármase incontinenti una pendencia, en tales casos inevitable.

Muchos hay tambien que han creido acertado abreviar la peticion y al encontrarse á uno que *lleva candela*, sin decirle palabra, estienden la mano y casi la aproximan á las narices del fumador como si tratara de tomarle de la boca misma, el tabaco colocado en ella. Estos sí merecian una buena leccion, pero que *les doliera*.

¿Y qué me dicen Vds. del que, con el pretexto de pedirle candela, se vé asaltado y robado, todo por ir de noche fumando en alguna calle desierta?

Pero lance gracioso es el de cierto vecino del campo, recién llegado á la Habana, que pasando de noche junto á la *Pila de la India* y viendo allí dos hombres sentados, fumando tranquilamente, acercóse con toda confianza á ellos con un enorme veguero en la mano y políticamente les pidió la candela. Púsose de pié uno de los *fumadores* en actitud de prestar el favor pedido por el *vueltabajero* y.... *suelle V. lo que trae*, le dijo de pronto á este, el que no era sino un ladrón, echándole mano al cuello y amenazándolo con un *arma punzante*. Puede suponerse la sorpresa y el espanto del buen hombre, que como

suele decirse, habia ido él mismo á arrojar en la boca del lobo. De seguro que nuestro campes- tre héroe no ha vuelto á pedir la candela á nadie.

Tambien fué buen chasco el de otro prójimo, medio *cegato* y enteramente entrampado, que paró á uno en la calle para pedirle la candela, y estando encendiendo su tabaco, oyó al individuo que tenia enfrente, esta terrible interpelacion:— “Diga V., hombre, ¿cuándo arreglamos la *cuentecita*, que tenemos pendiente?”—El pobre diablo habia detenido nada ménos que á uno de sus mas fieros acreedores, y de cuyas pesquisas habia logrado sustraerse hacia ya algun tiempo.

Semejantes sorpresas é inopinados contratiempos, bien empleado les está á los que fuman sin gastar fósforos; á los que se creen con derecho de pedir la candela, y páran con ese objeto al *mas pintado* en la calle con la mayor franqueza.

GENARO ABEL.

## LITERATURA INGLESA.

LA DISIPACION NO DEJA SINO TRISTES RECUERDOS.

“Sr. Espectador.”

“Tengo sesenta y cinco años; y habiendo pasado mi juventud entregado á los placeres, el decaimiento de mis facultades y la debilidad de mis sentidos es tal que mi vida languidece constantemente. ¿Pero os ruego Sr. que me digais, porqué mis apetitos aumentan cuando mis fuerzas disminuyen y no tengo ya el poder de satisfacerlos? Os hablo ingenuamente como un criminal, á fin de que los otros aprendan por mi ejemplo á corregirse desde temprano, si tienen el deseo de hacerlo, y á no lisongearse de que podrán conseguirlo en su vejez, bajo pretexto de que si ellos no abandonan los placeres, estos los abandonan á ellos, cuando sucede todo lo contrario, pues en el dia tengo tanto gusto por vestirme y estoy tan lleno de ardor al ver una linda jóven, como me sucedia en mi juventud, cuando en pié, sobre un banco del teatro, dirijia mi lente al círculo de elegantes y preciosas damas que me rodeaba. Llevo en esto la estravagancia tan léjos y he reprimido tan poco el ímpetu de mis deseos, que frecuentemente para satisfacer mi imaginacion me siento con mis anteojos puestos á escribir billetes dulces á bellezas que no existen ya hace largo tiempo. Pero si un débil recuerdo de mis placeres pasados me enardece el corazon; ¿no seria yo infinitamente mas feliz si pudiese regocijarme en secreto de mi vida anterior, si hubiese hecho alguna bella accion en favor de mi patria, ó si tuviese empleados en actos de caridad ó generosidad todos los bienes que he prodigado en el desenfreno y la incontinencia. ¿He vivido hasta aquí en el celibato; y en lugar de la nu-

merosa posteridad que hubiera podido tener, y que causaria mis delicias, no me queda por toda diversion mas que repetir algunos viejos cuentos, y añejas intrigas en que nadie quiere creer que yo haya tomado jamás ninguna parte. Ignoro si habeis tratado el asunto, pero me parece que no podreis escojer otro mejor, que el del arte que nos enseñase á saber llegar á ser viejos. Discurriendo sobre esta materia nos comprometeréis á separar nuestros corazones de todo lo que es transitorio por que la belleza misma desaparece á medida que se la contempla.

“El hombre de talento llega insensiblemente á asombrarse reflexionando acerca de el flujo y reflujo que le rodea. En el espacio de diez ó quince años, se vé en medio de una nueva generacion, cuyos modales aunque diferentes de los suyos no le son menos naturales que sus diversiones, sus ideas y su género de vida lo fueron en otra época para él y sus amigos: el mal consiste en que mira con aire desdeñoso los estravios de que él mismo se ha hecho culpable, y que experimenta aquella especie de aversion que los hombres sienten unos por otros á causa de sus distintas opiniones. Así un cerebro débil y una imaginacion inquieta sufren y se atormentan porque la juventud haga inconsideradamente lo que siempre es una necedad de cualquier manera que se la considere. Y he aquí Sr. la situacion en que se encuentra en el dia mi espíritu; aborrezco á aquellos de quienes debia burlarme, y tener envidia á los que desprecio. La juventud y la edad viril pasadas en el desórden son seguidas de estas tristes consecuencias; pero todas las épocas tienen dulzuras para los que llevan una vida arreglada; solo el recuerdo de las buenas acciones procura mas delicias que todas las locuras y goces de la juventud. En cuanto á mí, cuando estoy en mi poltrona y reflexiono, encuentro que los caprichos estravagantes de un niño, no son tan ridículos como el galimatias que se presenta confusamente en mi imaginacion; vestidos magníficos, contradanzas, canciones y versos, conversaciones interrumpidas, querellas nocturnas, son los únicos objetos que ocurren á mi memoria y me sirven de entretenimiento.

“Os ruego, Señor, que publiqueis lo que acabais de leer, á fin de que ciertas damas conocidas y contemporáneas mías no se avergüencen de cubrirse bien la cabeza durante esta estacion fria, y que mi amigo Jack Tawdry compre un baston para sostenerse por las calles, en lugar de darse el porte de un muchacho travieso. En una palabra, si hace algunos años yo no tuviese una pasion dominante, que me parecía en otro tiempo baja é indigna de todo hombre honrado, no me quedaría el menor placer; pero sabed que si vivo hasta el 21 de Marzo de 1714 y mis deudores son buenos, tendré en-



tonces un capital de cincuenta mil libras esterlinas."

"Quedo de V. atento servidor."

JACK AFTERDAY STEELE.

### HACER VALER A LOS OTROS.

Regla general es que cada uno piense exclusivamente en lo que le interesa y le conviene, prescindiendo por completo de los otros; que cada uno sumamente ocupado de su personalidad, crea poder interesar á cualquiera al punto que saque á relucir sus méritos, sus cualidades y sus intereses de toda especie, sin caer en la cuenta de que á los demás les pasa lo mismo, y no han de prestar gran atención á lo que no les concierne directamente.

Los que se dejan llevar de esta ilusión, ignoran que semejante sistema es precisamente el menos apropiado para interesar y hacerse gratos á los que les rodean, pues se necesita todo lo contrario para que se fijen en nosotros y nos concedan lo que anhelamos. Hay un método muy sencillo para agradar á todo el mundo, y este consiste únicamente en esmerarnos porque los demás luzcan, porque los demás gocen con los halagos de su amor propio y concluyan al fin por notar en nosotros ese empeño benévolo de hacerles valer y lucir. Una vez conseguido este resultado, la consecuencia inmediata es merecerles estimación y simpatías, porque el corazón humano es de suyo agradecido y paga en amor y reconocimiento la dosis de satisfacción que le proporcionamos, lisongeando su flaco, lo que equivale á decir, halagando su vanidad excesiva y perpétua.

Pocos son sin embargo, los que observan esta regla de conducta en sociedad; contados los que tienen el valor suficiente para posponerse á los otros, imbuidos en el error de que si no se hacen valer por sí propios, nadie se tomará esa pena. Equivocación patente, pues nada menos sucede que quien mas se esfuerza porque reparen en él, ese es el que por lo comun permanece ignorado. La explicación es muy sencilla: como esta perenne ocupación de sí mismo trae consigo la abstracción, el *ensimismamiento*, no se tiene tiempo de pensar en los otros, de atenderlos, de interesarse por ellos; y de aquí el que á su vez correspondan de la misma manera y desatiendan por su parte al que tanto los desdén.

Es necesario, pues, para agradar verdaderamente, parecer que prescinde uno por completo de sus propios asuntos y se dedica á los ajenos. Esta generosidad engendra desde luego el afecto en los que la reciben y este afecto nos concilia su aprecio hacia nuestros particulares méritos.

La razón de que haya tan pocas personas interesantes y agradables, no es otra que esa eterna preocupación que los desvela de su propio individuo, desviviéndose á todas horas por figurar ellos solos, por colocarse en primer término y relegar á los otros. Si se hallan en conversación con varias personas, no se ocupan para nada de que estas pongan de relieve sus cualidades, sino que tratan mas bien de oscurecerlas con las suyas propias, mencionándolas sin ce-

sar y dando constantes muestras de querer hacerlas valer, con detrimento de las que adornan á los que se hallan en su presencia.—Celébrase el mérito de alguno, citanse sus buenas dotes y sus recomendables circunstancias: al momento buscarán modo de cortar la conversación, de darle otro giro para decir muy satisfechos:—"Pues yo soy de esta manera ó la otra; á mí me gusta tal ó cual cosa; quisiera que Vds. me vieran en semejante situación."—Por este estilo hacen su panegirico al momento, hablan de ellos en absoluto y los muy necios se alucinan hasta imaginarse que tienen absorto y muy atento á su auditorio. Mientras tanto, piensa cada cual en lo que le interesa, ó si hace alto en la charla del fátuo, es solo para burlarse y sonreírse despreciativamente.

No se trata de tí, majadero; no de tu carácter, de tus gustos y tus inclinaciones, sino de indagar las ajenas y conseguir que resalten para que te paguen en la misma moneda. Averigua la afición de cada cual y háblale de ella; tócale á cada uno la cuerda sensible, estímulo á que se te franquee y lo verás radiante, satisfecho, lo mas complacido.—Formará de tí la mejor opinión del mundo, te concederá ilustración, talento, gusto y delicadeza y finura.—Ese será tu mejor panegirista, ese hará tu elogio á todos, y por su mediación, alcanzarás tambien en el concepto de los demás una buena fama.

¿Qué mas se puede apetecer? Véase sin embargo cuán poco cuesta. ¿Quiere alguno colocarse en buen lugar? Pues lo primero que ha de hacer es colocar bien á los otros. De seguro que en recompensa le cederán luego el puesto de preferencia. Así son los hombres, así es el corazón humano. Basta ceder siempre á su primer movimiento, que es el de la vanidad, para que una vez satisfecha esta propensión, ceda luego al impulso que se le quiera dar.

Ah! si mas de cuatro poetas y escritores, gente vanidosa por excelencia, pusiesen en práctica estas máximas de *buen vivir*, mayores triunfos alcanzarían y de mejor opinión gozarían.—Si olvidándose por algunos momentos de la superioridad que suponen tener sobre sus cofrades, parasen inientes en el talento y los triunfos que estos tambien alcanzan, y se propusiesen hacerlos valer, dejarlos participar de los aplausos que ambicionan para sí solos, otros fueran los resultados que obtuvieran y otras las ventajas de que se rodearan.

Pero ellos no os hablarán sino de sus versos, de sus obras, sin acordarse jamás de las que al mismo tiempo otros produzcan. ¿Qué les importa? Celébrelos V. á ellos y los demás que desaparezcan.

"No creas, le decía Racine á su hijo, que son únicamente mis versos los que me proporcionan tantos agasajos en la Corte. Corneille hace versos cien veces mejores que los míos y sin embargo nadie lo mira; no lo quieren sino en la escena, en la boca de sus personajes. Yo en tanto, lejos de fatigar á nadie con el relato de mis obras, me contento con promover asuntos amenos y agradables que entretienen y complacen á todos. Mi talento no consiste cuando estoy entre ellos en hacerles ver el que yo tengo, sino en descubrirles el que ellos á su vez poseen."

¿Qué ejemplo para muchos de nuestros poetas, de nuestros literatos y escritores!—Es de notar, sin embargo, que estos vanidosos son los mas sensibles al elogio, á la alabanza y ejerce

en ellos tal predominio, que si se le ocurre á V. burlarse de ellos y dar que reír á algun testigo, puede hacerlo en la confianza de que no lo notarán, porque el humo del incienso los ciega completamente.

Aparte de la vanidad literaria, que en todos vive de alabanzas y que es necesario halagar, ¿hay cosa mas justa que lisonjear con tacto y discernimiento la vanidad de todos los que tratamos? El gran secreto de algunos hombres para hacerse apreciar y darse á querer, no es otro que el cuidadoso esmero de estudiar el carácter ajeno para saber por donde han de complacerlo. Hay, por ejemplo, en una visita, en una reunion, una señora muy fina, muy simpática, muy obsequiosa y amable.—Siempre atenta, siempre dispuesta á favorecer y á halagar, no hay quien no le merezca una sonrisa, una expresión halagüeña, un gesto siquiera agradable.—Acérquese V. á esta dama, intéresese por cuanto ella le diga, manifiéstele el alto aprecio que hace de sus mas minimas atenciones y concluya por hacerle comprender que está gratamente sorprendido con su carácter en extremo afable y sus maneras encantadoras.—No le diga, por ejemplo:—"Oh! qué buena, qué simpática, qué adorable es V."; pero hágaselo sentir; dézelo á entender y habrá hecho ya su fortuna para con ella. Y es que hallará en V. exactamente lo mismo que V. en ella ha encontrado, por lo que contará á todos verdaderas maravillas. La ha hecho V. valer y ella en pago le da realce á los ojos de los demás. Este es un comercio como otro cualquiera, con la ventaja de que aquí los que salen gananciosos son los intereses del corazón, que son tambien muy grandes intereses, porque gana V. prosélitos y se hace amigos en todas partes.

GENARO ABEL.

### REVISTA A VUELA PLUMA.

Estamos pasando por una época verdaderamente estéril en diversiones.

La Habana realmente no sabe qué hacerse en las noches de la estación que estamos atravesando. Los teatros permanecen cerrados desde que nos abandonó la Compañía de ópera del inolvidable Grau, porque á escepcion de una ó dos funciones semanales que se verifican en el teatro de Villanueva ¿qué otra cosa nos ofrecen tanto este como Tacón?

El circo de Chiarini continúa dando diariamente sus funciones á las que acuden algunos cuantos *coute miers du fait* que ya van á él como una obligación que se han impuesto, como una costumbre, mejor dicho, como una necesidad imperiosa.

En el Parque,—pues de algun modo ha de llamarse ese embrión de parque,—se da una retreta semanal que atrae una concurrencia numerosa, ávida de encontrar un pretexto para reunirse y gozar unas breves horas de esparcimiento. Los demás dias de la semana solo se vé concurrido por algunos solteros recalcitrantes, por algunos políticos al aire libre y en fin por los que habiendo pasado ya la edad de las ilusiones quieren disfrutar de la suave brisa del mar que, á trueque de adormecerlos, les proporciona al-



gunos momentos de deliciosa frescura que contrasta notablemente con la atmósfera de fuego de nuestras casas.

El Parque se ha hecho un punto de reunión al aire libre como lo pudiera ser un café u otra cosa parecida. Allí suelen arreglarse y discutirse todas las noches las mas áridas y complicadas cuestiones de religion, de política, de filosofía, de historia y filosofía de la historia, literatura, economía política y bellas artes, en fin, *de omni re scibilis*.—Los destinos del mundo y de la humanidad se arreglan allí todas las noches, después de lo cual se retira cada quisque á su morada á dormir tranquilo y satisfecho de haber cumplido con su deber.—Al día siguiente, al despertar, encuentran todo en el mismo estado que lo dejaron el día anterior, y por la noche vuelven á lo de siempre,

Hé aquí las diversiones á que se halla reducida una ciudad que cuenta 200,000 habitantes!—Decididamente que somos el pueblo mas bonachon de la tierra y el que con mas poco se contenta. En todo sucede lo mismo. Verdad es que el carácter de un pueblo se refleja hasta en la mas insignificante de sus acciones. Nos traen una cosa que quiere *parecerse* á una compañía de ópera y aplaudimos con manos y piés, semejantes á los niños á quienes se engaña con un juguete.

Nuestros periódicos políticos—una apariencia de periódicos *políticos*. A veces se me figura que son muy *impolíticos*, es decir, muy poco civiles.

¿Un ejemplo?—

—Véase la *Prensa de la Habana* del martes 15 de mayo. Esta vez es el gacetillero el que habla. Al dar cuenta del concierto de la Sociedad de música clásica se queja el ínclito gacetillero de que el auditorio era reducido, y de que se necesita todo el fuego que arde en el pecho de los profesores y todo el entusiasmo que los anima para no caer en la postración y el desaliento. Si la cosa hubiera terminado ahí santo y bueno. Nadie hubiera tenido que decir esta boca es mía, los profesores de la Sociedad de música clásica se lo hubieran agradecido profundamente y el público sensato tal vez hubiera pensado que el gacetillero de la *Prensa de la Habana* había tenido una vez en su vida sentido común.

Pero héteme aquí que á lo mejor del tiempo le sucedió lo que al asno de la fábula, con la sola diferencia de que esta vez no enseñó la punta de la oreja sino la oreja entera—salva sea la parte—por si algunas dudas quedaban en el ánimo del piadoso lector. Hé aquí, ni mas, ni menos, las líneas con que termina su gacetilla el ínclito gacetillero de la *Prensa*.

“¿Será posible que los salones del Liceo se llenen de bote en bote cuando algun insulso ó hinchado coplero declama enfáticamente conceptos extravagantes ó triviales, ó se ejecutan al piano *caprichos* ó *descensos* en los que los únicos caídos, abrumados, magullados y maltrechos son el arte y el sentido común y con ellos los que prodigan aplausos á semejantes de-propósitos; y que estén poco menos que desiertos cuando hábiles eminentes profesores interpretan los sublimes pensamientos de los mas grandes génijs del arte musical?”

Esta salida de la *Prensa* de la Habana contra una sociedad particular, este insulto no solo á las personas que toman parte en esas fun-

ciones de sociedad sino á las personas que concurren á ellas, solo es acreedora al mas profundo desprecio por parte de esos á quienes se ha querido insultar de un modo tan indigno é inusitado. Los periódicos no tienen derecho alguno para juzgar las sociedades particulares de recreo. Hay mucha diferencia entre una función á la que solo tienen derecho de asistir los sócios, y una función pública á la que asiste todo el que quiere y tiene con que pagar su entrada. Los individuos que toman parte en esas funciones de sociedad no reciben estipendio alguno y están exentos de las críticas de los periódicos.

Por lo tanto, de ningun modo puede decirse

*C'est un droit qu'à la porte on achète en entrant.*

No es el amor al arte el que ha movido al gacetillero de la *Prensa* á lanzar tal exabrupto contra esos que él llama insulsos é hinchados copleros ni á decir todo lo que consta en las líneas que hemos reproducido mas arriba. No: el amor al arte no puede caber en el que á cada instante ofende el sentido común y la sana razón. Es un sentimiento de rabia y de impotencia. Los aplausos prodigados á ese coplero son otras tantas heridas que ha recibido. Lo repetimos: ha enseñado la oreja entera. Pero en resumidas cuentas es muy digno todo eso, y mucho mas, de la noble *Prensa* de la Habana que días pasados, al ocuparse del prospecto del *Camagüey*, dijo con el mayor cinismo del mundo que los que pensaban como los redactores de dicho prospecto ó morían en *alto puesto* ó iban á parar á una casa de orates. Todo esto, como se vé, está lleno de unción religiosa y de caridad evangélica.

Pero dejemos á un lado este desagradable asunto, así como dejamos tambien otros varios hechos, verificados en estos días, y de que no nos ocupamos por no poder hacerlo como quisiéramos. ¡Oh si pudiéramos!..... Y luego dirán que querer es poder!.....

Zorrilla, ha estado entre nosotros un momento. Ha abandonado las delicias (?) de esa Cápua moderna que se llama Méjico, y que ejerce una influencia tan deletérea sobre los hijos de Europa. La hermosura sin igual de aquella rica y espléndida naturaleza, adormece el génio de los imprudentes que en ese país se fijan. ¡Y si fuera solamente el génio!.....

Todo lo adormece, lo amortigua. — Hasta la dignidad.

¡Qué abismo tan inmenso, entre todo lo que ha producido en estos últimos tiempos comparado con sus hermosas leyendas en que, obediendo á la voz de la musa solamente, nos encantaba con su *Margarita la tornera*, y su *Capitan Montoya*!—

Zorrilla ha partido para Italia, con una misión especial del archiduque Maximiliano. — Que se apresure á volver cuanto ántes. Entretanto ¡buen viaje!

TRIBILIN.

#### BASES DE LA PUBLICACION.

Consta de 8 páginas de esmerada impresión, con caricaturas, y vé la luz todos los Domingos.—Precios de la suscripción: \$1 en la Habana y Matanzas cada mes, y en los demás puntos de la Is-

la \$3. 50 por trimestre, adelantados, franco de porte.

#### PUNTOS DE SUSCRICION.

*Librerías de CHARLAIN y ABRAIDO, Obis, po 34 y 36.—Papelería la CRUZ VERDE, Mercaderes 29.—Librería de SANS, calle de la Muralla.—Cigarrería la CHARANGA de Villergas, O'Reilly 9½.—Imprenta de la Viuda de BARCINA, Reina 6.—Papelería la PRINCIPAL, Plaza del Vapor 36.—Café el LOUVRE, Calle de S. Rafael.—Imprenta la ANTILLA, Cuba 51, y en la Imprenta del TIEMPO Cuba, 71.*

Recomendamos á nuestros cólegas y Agentes del interior que los periódicos y cartas que nos remitan, se sirvan dirigirlas á la casa calle del Teniente-Rey número 36, donde se ha trasladado la Direccion y Administracion.

#### AGENTES DE “LA SERENATA.”

*Cienfuegos.*—D. Francisco Anido.  
*Bejucal.*—D. Isidoro Pons.  
*Buenaventura.*—D. Benito A. Gorgoll.  
*Managua.*—D. Gabriel Espinosa.  
*Quivicán.*—D. Rafael V. Oliva.  
*Sagua la Grande.*—D. Ildefonso Ramos.  
*Matanzas.*—D. Ramon Del Monte.  
*Calabazar.*—D. Juan Ferrando.  
*Colon.*—D. José M. Blanco.  
*Corralillo.*—D. Martin Rubí.  
*Alquízar.*—D. José A. Moya.  
*Guanajay.*—D. Antonio R. Gonzalez.  
*Cimarrones.*—D. Francisco Fina.  
*Puentes Grandes.*—D. Francisco Olartecoechea.  
*Santa María del Rosario.*—D. Toribio de Arrocha.  
*Trinidad.*—D. Pedro Carreras.  
*Puerto-Príncipe.*—D. Severino Alvarez.  
*Villa-Clara.*—D. Antonio Anido y Ledon.  
*Santiago de Cuba.*—Collazo Miranda y C.  
*Union.*—D. Tomas Iribarren.  
*Güines.*—D. José Mendoza.  
*Holguín.*—D. José M. Guerra Almaguer.  
*Güira de Macurigez.*—Esteve y Hermano.  
*Jiguaní.*—D. Diego Barea.

#### LILRO INTIMO.

#### COLECCION DE POESIAS ORIGINALES

POR FRANCISCO SELLEN.

Este libro de unas 170 páginas de correcta y esmerada impresion, con una elegante cubierta á dos tintas, se halla de venta á un peso el ejemplar en la imprenta del Tiempo, calle de Cuba número 71; en las librerías de Charlain, Abrai y el Iris, calle del Obispo; en la Propaganda Literaria, calle de la Habana número 57, y en la Administracion de “El Siglo,” calle de Santa Clara número 41.

Imprenta del TIEMPO Cuba 71.